



**El destino final de Dayu Matsumura**

**Ángeles en Tokio III**

**Naru Ishida**

*No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.*

*[www.naruishida.com](http://www.naruishida.com)*



## Capítulo 1

### Los tres hermanos

En el norte de Europa reinaba el caos de la guerra. Eran tiempos difíciles, de caballeros y cruzadas, pero solo un reino parecía prosperar y destacar entre el resto, alimentándose de todas las tierras y bienes que encontraba a su paso. Era el reino del rey Argos, hijo de Kenneth, quien gobernaba junto a su amada esposa, Alessa.

Los actos de Argos eran crueles y despiadados, era un hombre de gran envergadura y belleza, pero arrogante y sediento de poder. Nadie podía explicar la fuente de su fuerza y siempre dirigía sus tropas hacia la victoria. Había noches en las que la reina veía como su señor, delante siempre del espejo, parecía estar hablando consigo mismo y su mirada se volvía aterradora, fría como el hielo. Algo más oscuro convivía con ella.

Al poco tiempo de empezar su conquista tuvieron a su primer hijo, Asgaard, pero lo que el rey ignoraba es que no se trataba de su propio hijo. La reina Alessa era desleal e infiel con el rey, pero nada debía descubrirse y ella realmente temía a su señor, que cada vez se volvía más loco y ansioso de poder. Así pues, ocultó la naturaleza de este hecho y todos celebraron en su ignorancia el alumbramiento del príncipe.

Poco más tarde, nacieron los gemelos, Frederick y Alexander, los cuales sí llevaban sangre real y además... otro tipo de sangre aún más oscura y terrible.

La sangre del primer ángel caído.

Así era, Argos era el títere del demonio más grande jamás conocido, era su contenedor en el mundo humano, todo por pura diversión. Y para divertirse aún más, el demonio quería dejar su semilla, sus propios hijos humanos en la Tierra.

Asgard era noble y valiente, de aspecto muy aniñado y con un suave cabello de un rubio muy claro. Al alcanzar la madurez, su madre le reveló la verdad sobre su padre y continuaron guardando el secreto ante el temor que les infundía el rey.

Frederick fue el primero de los gemelos en nacer y luego lo hizo Alexander. Este último era un bebé sano y con el tiempo se convirtió en un apuesto caballero de pelo rojizo. No ocurrió lo mismo con su hermano, el cual nació albino y con un cuerpo menudo y raquítico, su piel era blanca al igual que su cabello. Frederick padecía además una extraña enfermedad que en aquella época era desconocida y esto hizo que aquel niño fuese diferente y alejado a los ojos del mundo. Era fotosensible y no podía darle la luz o le destrozaría la piel con llagas y quemaduras. Cuando se dieron cuenta, decidieron aislarle dentro del castillo, condenado a las sombras y siendo así repudiado por toda la familia.

Únicamente Asgard iba a verle de vez en cuando, pues sentía lástima por su hermano y se repetía constantemente que él era el extraño en aquella familia, debido a la infidelidad de su madre. Aun así, Frederick se mostraba violento y arisco con todo aquel que se le acercaba, por lo que le encadenaron en las mazmorras del castillo como si fuese un temible enemigo, un enemigo que era tan solo un niño.

El ángel caído había plantado su semilla.

Aquel niño creció entre las sombras de su celda, y para recordarle lo que era, su padre instaló un espejo frente a él para que pudiese observar su terrible aspecto. Las pupilas del niño se dilataron de tal forma que ya únicamente había un tono grisáceo y frío en su mirada. Toda una niñez perdida en su particular celda de la eternidad.

Estaba condenado a ver su rostro imperfecto en el espejo, cada segundo, cada minuto, cada hora del interminable día, durante semanas y meses. Lo alimentaban igualmente como si se tratase de un condenado que merecía morir, siempre lo mismo: mendrugos de pan y uvas. La noble familia tenía extensiones de viñedos que daban aquellos frutos, pequeños e insignificantes. Constituían casi su único sustento y Frederick tenía una forma particular de comerlos. Nunca masticaba las uvas, se las tragaba enteras. Las odiaba, al igual que odiaba observarse, Frederick estaba condenado a permanecer para siempre entre las sombras.

Pasaron los años, eternos y oscuros para el joven Frederick, pero con una luz brillante para el resto de la humanidad. Un día, su padre bajó por primera vez a las mazmorras y le habló, pero no era su propia voz la que hablaba.

— Hijo mío, cuánto has crecido. Ahora ya podrás cumplir tu misión, como hijo mío tienes ese derecho. Argos y su familia ya han vivido lo suficiente, es hora de que ocupes el puesto que mereces. — dijo mientras abría la celda y le liberaba de sus cadenas.

Al hacerlo, Frederick reunió las pocas fuerzas que le quedaban para atacarle, se abalanzó sobre su padre poniéndole la cadena alrededor del cuello, para intentar ahogarle. Pero Argos hizo algo extraño, la cadena se fundió como por arte de magia ante los atónitos ojos del chico, el cual no se dio por vencido; rompió el espejo de un codazo y recogió uno de los trozos punzantes. Fue rápido y se lo clavó a Argos directamente en el corazón. Pero este, en lugar de quejarse por el dolor, rió a carcajadas. Frederick, se dejó caer derrotado en el suelo.

— No lo has entendido, ¿verdad chico? —Dijo Argos mientras se sacaba el trozo ensangrentado de su pecho y se lo mostraba, se hizo polvo entre sus dedos— Yo soy tu verdadero padre, no este contenedor que estás contemplando.

— ¿Quién eres?

El hombre se acercó y susurró en su oído.

— Lucifer... —anunció con voz ronca. Frederick observó sus ojos, eran casi los mismos que los suyos. — Y tú Frederick... eres mi primogénito en el mundo humano. Espero que estando aquí hayas aprendido una valiosa lección y como he dicho antes, es hora de que el mundo sepa quién eres y yo debo regresar al inframundo, donde pertenezco.

Ahora Frederick le observó con cierto asombro. Supo lo que tenía que hacer, se arrodilló y agachó la cabeza.

— No le defraudaré, padre.

Lucifer se acercó al chico y le tomó de la barbilla, se acercó a su rostro, su voz era ronca, su aliento aire fresco.

— Los sentimientos se olvidan, el fuego permanece. Recuérdalo.

Frederick asintió.

— Adiós, hijo mío.

— Adiós padre.

De pronto Argos se tambaleó y se echó las manos a la cabeza, respiraba entrecortadamente, estaba confundido. No sabía qué hacía allí ni qué le había pasado, era como despertar de una terrible pesadilla. Pero no tuvo tiempo para reaccionar, sintió un fuerte golpe en la cabeza y cayó desmayado.

Frederick mantenía aún una de sus frías cadenas en las manos, pero no temblaba, no sentía miedo, ya no sentía nada. Levantó un muro allí mismo y emparedó a su padre de pie, dejando libre su cabeza, que asomaba tras el metro de altura de las piedras que le aprisionaban. Luego fue a por su madre, Alessa, realizando la misma operación. Sus hermanos, Asgaard y Alexander sufrieron la misma suerte.

A continuación, Frederick salió al exterior, pudo hacerlo pues era de noche, una noche fría y oscura. Se atavió con una túnica negra, prendió una antorcha y se dirigió a los viñedos que poseía la noble familia. Arrancó todos los racimos que pudo, metiéndolos en un saco y volvió a las mazmorras. Les despertó a todos tirándoles agua fría a la cara.

— Despertad —dijo.

Poco a poco todos recobraron la consciencia y se percataron de la situación. La angustia de no poder moverse, de estar atrapado. Intentaban gritar pero no podían, las piedras aprisionaban sus pechos.

Tranquilamente, Frederick se sentó frente a ellos, cogió un racimo de uvas y comenzó a comer. Detectaron enseguida que aquel ser no era humano, Frederick estaba loco y ahora estaba suelto. Tenía que morir, tenía que ser quemado en la hoguera, era el hijo del diablo.

Tras comerse el racimo, cogió otro, se puso en pie y paseó tranquilamente por delante del muro que emparedaba a su familia para ofrecer a cada uno una uva, tan solo una, introduciéndola en sus bocas sin ningún cuidado.

— Este será vuestro alimento hasta que muráis.

— ¿Por qué no nos matas ahora? —preguntó con dificultad Alexander.

— Si os diera directamente la muerte, estaría siendo demasiado benevolente. Este es el castigo que merecéis. ¿Pero qué vas a saber tú Alexander? Eres mi igual y sin embargo somos

diferentes. Tú no tenías que haber nacido, me robaste mi cuerpo, mi belleza. Tú eres el que merece mayor castigo.— se puso delante y le cogió del pelo— Aunque muera, aunque caiga en el inframundo, aunque me lleve siglos... te encontraré de nuevo, una vez y otra, hasta que consiga lo que quiero. Porque sin duda renacerás de nuevo, como ángel, como humano, que importa... quizás seamos dos desconocidos y no nos demos cuenta, pero al final Alexander, seremos uno, como tuvimos que ser desde un principio.

En un acto de osadía, Alexander escupió a la cara a su hermano gemelo.

— ¡Entonces no seas un maldito cobarde! ¡Vamos, mátame! ¡Mátame! —rugió a pesar de que casi no podía respirar. Frederick se acercó a él y susurró en su oído.

— Ya lo estoy haciendo.

Y dicho esto se marchó ante los inútiles y desesperados gritos de toda su familia para intentar hacerle entrar en razón.

De este modo pasaron los días y semanas de sufrimiento para la noble familia que ya estaba al límite de la muerte. Frederick se proclamó como el nuevo rey ante todos los súbditos del reino, tomó el poder y el control sobre el mismo, había comenzado su conquista y ya nada podría detenerle. Sin embargo, no contó con algo totalmente inesperado. Unas tropas, dirigidas por el príncipe de los elfos, invadieron por sorpresa su castillo, una noche, para divertirse.

Al contrario de lo que se creía, los elfos eran seres hostiles, de gran fuerza, ladrones y violadores. Tan solo querían saquear aquel castillo, pues se enteraron de que la familia ya no lo gobernaba y pasar así un buen rato. Pero el príncipe de los elfos no contaba con el único superviviente de la familia de Argos. Entró con sigilo y cautela. El príncipe era muy alto, de bellas y rudas facciones, con unos inmensos ojos que parecían esmeraldas, su pelo era muy largo y de color plateado, sus orejas largas y puntiagudas sobresalían a través del mismo. Espada en mano, fue recorriendo las dependencias mientras el resto atacaba en silencio a los súbditos que vivían en el castillo. Sus pasos le llevaron hasta los aposentos de Frederick, el cual dormía plácidamente en una gran cama con dosel. El elfo únicamente pudo ver su pelo, de un

blanco que brillaba en la oscuridad, sacó la lengua en un gesto depravado y se acercó sin hacer el más mínimo ruido. Se subió a la cama y con su gran cuerpo aprisionó al joven Frederick que se encontraba tumbado boca arriba. Este despertó, pero no se movió ni un ápice, no gritó, no intentó zafarse, tan solo dedicó una mirada vacía al elfo, el cual quedó desconcertado. No obstante, habló con voz grave.

— ¿La princesa no va a resistirse? Así no tiene gracia, pero qué importa...

— ¿Vas a violarme? —su gesto era absolutamente neutral, tranquilo, de total y absoluta indiferencia. El elfo frunció el ceño y sonrió.

— Sí, voy a violarte hasta que mueras. — susurró.

— Adelante, pero yo ya estoy muerto. —abrió sus piernas. Esto desconcertó aún más al elfo, no le gustaba que le tomaran el pelo de esa forma ni que se lo pusieran tan fácil. Entonces Frederick ladeó la cabeza para que la luz de la luna iluminase su rostro albino, con restos de quemaduras producidas por sus antiguas exposiciones al sol. Sus ojos grisáceos y dilatados brillaban. Sus labios estaban resquebrajados. Era un ser roto, sin vida.

Al verlo, el elfo no dijo ni preguntó nada, se apretó más contra su cuerpo. Su miembro y todo su ser rugía placer. Enseguida se dio cuenta de que su víctima era un hombre.

— ¿Qué ocurre? No soy lo que esperabas, ¿verdad?

Con un gesto de enfado, el príncipe de los elfos se dispuso a embestirle con ferocidad. Ni un grito, ni una miserable lágrima. Una inesperada ráfaga de viento les azotó como un látigo mientras el elfo penetraba de forma incansable al joven Frederick, de una forma cruel, vertiginosa, imposible. Entonces comprobó con estupor como aquel chico comenzaba a jadear, pero por placer, no por dolor, pues Frederick no sentía dolor, no sentía nada, solo fuego ardiendo en su interior en una llama eterna y oscura.

Los sentimientos se olvidan, el fuego permanece.

Tras correrse en un brutal orgasmo, el príncipe de los elfos se separó quedando de rodillas sobre Frederick y le puso el filo de la hoja de su espada en el cuello, se apartó el pelo de su rostro, jadeaba, su interminable torso estaba desnudo, sudoroso.

— ¿Quién sois?

— Frederick, hijo de Argos. Señor de estas tierras.

— ¿Dónde está el resto de la familia?

— Muertos, los emparedé en las mazmorras.

— Vamos —el elfo tiró de él y guardó la espada. Quería comprobarlo, por curiosidad, por mera diversión.

Cuando llegaron a las mazmorras, toda la familia ya estaba muerta. El olor allí era putrefacto. El elfo observó con interés. Vio una celda en la que se encontraba un espejo roto y luego se paseó por delante de los cuerpos sin vida tras la pared que Frederick había levantado con sus propias manos.

— Esto es obra de Lucifer. Tienes su misma mirada.

— Yo... soy su hijo. — dijo como quien no quiere la cosa.

Sabía que decía la verdad. Entonces el elfo hizo algo que jamás había hecho ante ningún ser, se postró ante Frederick hincando una rodilla en el suelo, agachó su cabeza y dejó que su largo pelo gris plata rozase el suelo.

— Entonces, debo lealtad a mi Señor, sir Frederick —dijo.

Este no se inmutó, no le sorprendió aquello, él era el hijo del ángel caído, todos deberían postrarse ante él, todos deberían obedecerle. Se dirigió hacia su nuevo siervo.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Alastor.

— Alastor mírame —este obedeció— Me tomaste, a pesar de mi aspecto ¿Por qué?

— ¿Qué importa eso, mi Señor?

Frederick se dio la vuelta y dio unos pasos, su mirada se tornó en un gris más pálido cuando observó la luna a través de una ventana.

— Hazlo otra vez.

Su nuevo leal y fiel siervo, obedeció.